

## SUDÁFRICA: EL ALCANCE DEL «MILAGRO»

Con el término «milagro» designan diversos autores el proceso por el que los sudafricanos han transformado la cuna del *apartheid* en el *país del arco iris*. Se trata de una mutación cuyos efectos y trascendencia rebasan las fronteras del Estado más meridional en el continente africano.

Para valorar el alcance de esa metamorfosis, conviene recordar que el *apartheid*<sup>1</sup> era —además de una forma de dominación racial en la práctica— una ideología, formalizada en los aledaños de la Segunda Guerra Mundial, cuyo germen puede rastrearse hasta un pasado mucho más lejano y encontrarse en los conceptos que sustentaron de la trata de esclavos a los imperios europeos del siglo XIX.

El principio fundamental de la teoría, que validó legislar la segregación, sostenía que, si pueblos y etnias se mezclaban, ninguno lograría alcanzar su pleno desarrollo, pues acabarían perdiendo su identidad. De ahí la otra expresión utilizada para hacer referencia al mismo sistema: «desarrollo separado».

Para el historiador Basil Davidson, en cambio: «Aunque denominado de manera eufemística “desarrollo separado”, *apartheid* es un término que, en realidad, se entiende mejor si se traduce como el desarrollo de la minoría blanca a costa de la regresión de la mayoría que no es blanca».<sup>2</sup>

Como ocurriera con otras teorías, el planteamiento del *apartheid* fue ajeno a las circunstancias reales desde el principio: ya en 1910, cuando se formó la Unión Sudafricana y la discriminación racial comenzó a institucionalizarse, la viabilidad de una estricta segregación era engañosa. Las cuatro entidades políticas que pasaron a formar la Unión<sup>3</sup> estaban habitadas en porcentajes diversos por personas de «razas diferentes» y en cada una regían políticas raciales distintas.

A partir de 1948, año en el que el National Party (NP) alcanzó el poder, la segregación empezó a legislarse de forma unificada en todo el territorio del Estado. La aspiración última era dotar a cada etnia de una estructura nacional, o al menos que blancos y negros no formasen parte de la misma.

Además se fomentó la división tribal: «El bantú no es ni un retrógrado inglés negro ni un retrasado afrikaner negro, ni siquiera es un negro bantú de cortas luces. Es un zulu, un xhosa, un sotho o lo que quieran llamarle. Una nación por derecho propio».<sup>4</sup>

Así nacieron los *homelands* o bantustanes, las «patrias» en las que la población negra podría desarrollar plenamente sus derechos políticos e incluso obtener su «soberanía nacional».<sup>5</sup> Atendiendo supuestamente a las diferencias étnicas, se

---

<sup>1</sup> *Apartheid*, separación, es un compuesto afrikaans de *apart* (derivado francés medieval *à part* y que al español puede traducirse utilizando el adverbio «aparte») y el sufijo de sustantivación *-heid* (-ción).

<sup>2</sup> Basil Davidson, *The Search for Africa. A History in the Making*, James Currey, London, 1994, pág.113.

<sup>3</sup> El Cabo, Natal, la República de Sudáfrica —Transvaal— y el Estado Libre de Orange.

<sup>4</sup> Declaraciones de Schalk Pienaar en 1960 recogidas por Anthony Sampson, *Negro y oro*, Grijalbo, Barcelona, 1988, pág. 79.

<sup>5</sup> Para ampliar datos, v. Roger Omond, *The Apartheid Handbook*, Penguin Books, 1985, págs. 97 y ss.

establecieron diez de esas entidades que, por cierto, carecían de unidad territorial pues estaban constituidas por diversas zonas inconexas; en 1985, por ejemplo, KwaZulu lo componían diez áreas separadas y Bophuthatswana, seis.

En la práctica, la aplicación del *Promotion of Bantu Self-Government Act* (Decreto de Promoción del Autogobierno Bantu), *Number 46 of 1959* comportaba numerosas complicaciones. Tal como indicaba la escritora Miriam Tlali: «En cualquier caso, es poco probable que todos los africanos emigren nunca a los *homelands* dado que los blancos necesitan de su trabajo en las ciudades. ¿Qué sentido tiene concederle a la gente derechos en lugares alejados en los que nunca ha vivido, lugares de los que no sabe nada?».<sup>6</sup>

A pesar de lo cual, si la disposición se llevaba a sus últimas consecuencias, ningún negro sería ciudadano de la República de Sudáfrica. Así, unos 9 millones de personas perdieron la nacionalidad sudafricana como consecuencia de la creación de los *homelands*.<sup>7</sup>

Pero el *Population Registration Act* (Decreto de Registro de la Población) *Number 30 of 1950* —en el que se establecía la clasificación racial— contemplaba, además de las categorías de blanco y negro, otra más, la de *coloured* o mestizo.

Para acomodar de forma separada a las distintas razas, se promulgó el *Group Areas Act* (Decreto de Áreas para Grupos), *Number 41 of 1950*: enmendado con posterioridad y extremadamente complejo, delimitaba geográficamente las zonas asignadas a cada colectivo. Su aplicación supuso que alrededor de 3,5 millones de personas fueran obligadas, en múltiples ocasiones por fuerza, a abandonar su lugar de residencia entre 1960 y 1983.<sup>8</sup>

Desde el punto de vista de la organización y gestión gubernativas, Mahmood Mamdani considera que aquel régimen que legislaba la separación de los habitantes de Sudáfrica de acuerdo con su raza no era una excentricidad en África, sino la aplicación de la «administración indirecta» llevada al extremo. Sus consecuencias fueron precisamente las del exceso: «Como forma de gobierno, el *apartheid* —igual que la administración indirecta establecida en los estados coloniales— abrió una doble brecha en las filas de los administrados: por un lado, la que separa las etnias; por otro, la que hay entre quienes viven en las zonas rurales y quienes lo hacen en las ciudades».<sup>9</sup>

Paso a paso, la segregación se fue legislando en todos los ámbitos de la vida mediante leyes que establecían no sólo dónde podía vivir uno, sino también con quién le estaba permitido casarse (o mantener relaciones sexuales), qué educación podía recibir o a qué hospital acudir, en qué playas bañarse o qué medio de transporte utilizar. Más de 300 decretos, que regulaban la vida pública y privada de todos los habitantes de Sudáfrica, escindieron la sociedad creando distintas categorías de ciudadanos.

En ese contexto, un hombre de raza blanca residente en la ciudad ocupaba el escalafón más privilegiado, en tanto que una mujer de raza negra viviendo en una

---

<sup>6</sup> Miriam Tlali, *Muriel at Metropolitan*, Longman Drumbeat, 1979.

<sup>7</sup> «South Africa's lingering apartheid. Homelandless», *The Economist*, 23 de marzo de 1991.

<sup>8</sup> *Mission to South Africa. The Commonwealth Report*, Penguin Books, 1986, pág. 49.

<sup>9</sup> Mahmood Mamdani, *Citizen and Subject. Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism*, Fountain Publishers / David Philip / James Curry, Kampala / Cape Town / London, 1996, p. 27.

zona rural quedaba relegada al último lugar de cualquier lista.

Cuatro décadas largas de enredos legales dejaron una administración pública sobredimensionada y unas horribas desigualdades políticas, económicas, sociales y culturales.

En 1985, por ejemplo, el estado gastaba más de 1.300 rand en la educación de un alumno blanco y 115 rand en la de un alumno negro. Había un médico por cada 330 blancos, uno por cada 1.200 mestizos y uno por cada 12.000 negros. La esperanza de vida de un blanco era de 72 años y la de un negro, de 60 años.<sup>10</sup>

### **Esfuerzos velados**

La resistencia a la desposesión y a la segregación puede rastrearse hasta finales del siglo XVII, poco después de que llegasen los primeros colonos europeos, poco después de que se promulgase en 1685 el primer Decreto de Inmoralidad que prohibía el matrimonio entre blancos y negros.

El empeño de unos por mantener sus privilegios y la resistencia de otros para defender los derechos fundamentales, también políticos, de todos los habitantes de Sudáfrica han sido dos fuerzas cuyo pulso ha tejido la historia del país.

De esa tenaz oposición, sin embargo, de los esfuerzos de activistas y de empresarios dentro y fuera de Sudáfrica, apenas sabían nada quienes, catalogados como blancos, vivían dentro de los confines del estado.<sup>11</sup> Allister Sparks señala como una de las causas de esa ignorancia el hecho de que, desde finales de la década de los cincuenta del pasado siglo XX, el gobierno intentó limitar al máximo las noticias acerca de la resistencia negra que los medios de comunicación hacían públicas: «No lo hizo colocando censores en las redacciones. El sistema de control era más insidioso. Había 120 fragmentos de legislación que, de un modo u otro, restringían lo que se podía publicar, so pena de enjuiciamiento. La consecuencia era la autocensura, la censura que los propios periodistas se imponían a sí mismos».<sup>12</sup>

Así, recuerda el mismo autor, «un sondeo de opinión realizado en 1982 concluía que el 80% de los blancos, en consonancia con la línea defendida por el gobierno, consideraba que el comunismo, y no el descontento de la población negra, constituía la mayor amenaza para el futuro de Sudáfrica» y que «un sorprendente 71% creía que los negros sudafricanos se sentían en general satisfechos y que no tenían motivos para querer derrocar al régimen del apartheid».<sup>13</sup>

A pesar de todo, una de las características más sobresalientes de Sudáfrica ha sido la fuerza de su sociedad civil, de personas de todas las razas, credos, orientaciones y ocupaciones. Y fueron muchísimas las que, en ámbitos tan diversos como el periodismo, los negocios, el trabajo social o la religión, contribuyeron a esa conversión.

Cabe destacar aquí que precisamente dos grupos mayoritarios, las mujeres y los

---

<sup>10</sup> Roger Omond, *The Apartheid Handbook*, Penguin Books, 1985.

<sup>11</sup> V. obras como, por ejemplo *A White Dry Season* de Andre Brink o, *Cry Freedom* de Donald Woods, ambas llevadas a la gran pantalla.

<sup>12</sup> Allister Sparks, *Beyond the Miracle. Inside the New South Africa*, Jonathan Ball Publishers, Johannesburg and Cape Town, 2003, pág. 65.

<sup>13</sup> Allister Sparks, ob. cit., pág. 70.

que no eran bancos,<sup>14</sup> no participaban en la toma de decisiones políticas y económicas. Quizá por ello, la lucha por la igualdad entre hombres y mujeres ha corrido parejas con la lucha por la igualdad de los grupos raciales.

Tantos denuedos terminaron dando sus frutos. En 1986 el entonces presidente P.W. Botha declaraba la necesidad de negociar con representantes de la comunidad negra, aunque hasta 1990 el Congreso Nacional Africano (ANC) y otras muchas organizaciones estuvieron proscritas y sus dirigentes, exiliados o encarcelados. En consecuencia, las palabras de P.W. Botha en público y algunos cambios constitucionales previos no convencieron a muchos, pues parecían atenerse al principio de «reformar para que nada cambie».

Lo que pocos sabían era que el gobierno sudafricano —espoleado, dicen algunos, por los grandes empresarios presagiando la ruina económica a la que abocaba el sistema— había empezado a hablar con los dirigentes del ANC en el exilio, pero también con el propio Nelson Mandela, que por entonces cumplía en la cárcel una sentencia de cadena perpetua.<sup>15</sup>

La caída del Muro de Berlín tuvo su correlato simbólico en Sudáfrica. Sin embargo, cuando en noviembre de 1991, las fuerzas políticas sudafricanas se reunieron por primera vez de forma oficial para discutir los pasos previos a la reforma constitucional del país, su idea de la transición no era la misma. Aceptaban, sí, la formación de un gobierno provisional, pero con una notable diferencia.

El NP, en el poder desde 1948 y liderado ahora por F.W. de Klerk, reclamaba su instauración dentro del marco legal establecido para evitar un vacío de poder. El ANC no admitía semejantes cortapisas y consideraba imprescindible el establecimiento de un gabinete de transición, con un añadido: «Pensamos que es necesario suspender temporalmente la Constitución».<sup>16</sup>

También era distinta su idea de la nueva Sudáfrica. Para la organización liderada por Nelson Mandela, sería una nación con un sistema de gobierno centralizado y su economía estaría controlada, al menos parcialmente, por el estado; para el partido de F.W. de Klerk, iba a ser un estado federal, similar al suizo, cuya economía se acomodaría a la leyes del libre mercado. Además el principio del «poder compartido» suponía que los partidos minoritarios —como el propio NP— podrían mantener un alto grado de poder.

Al final, el ANC tuvo que aceptar una organización semifederal, un concepto al que se oponía firmemente por considerar que podría parecerse a la estructura de los *homelands*. «No estamos de acuerdo —declaraba Nelson Mandela—. Pero pensamos que, para conciliar a todos, teníamos que llegar a ciertos compromisos».<sup>17</sup>

Por su parte, el NP hubo de renunciar a los mecanismos de control que consideraba esenciales y que, en su opinión, evitarían el brusco cambio «del

---

<sup>14</sup> A principios de la pasada década de los noventa, las mujeres sumaban más del 50% de los habitantes de Sudáfrica y los que no eran blancos, el 85%.

<sup>15</sup> V., por ejemplo, Patti Waldmeir, *Anatomy of a Miracle. The End of Apartheid and the Birth of the New South Africa*, Viking /Penguin, 1997.

<sup>16</sup> Carl Niehaus, entonces portavoz del ANC, en declaraciones a la autora, 28 de noviembre de 1991.

<sup>17</sup> Declaraciones a Jim Gaines, Joelle Attinger y Scott MacLeod en «Men of the Year. The Peacemakers. Nelson Mandela & F.W. de Klerk», *Time*, 3 de enero de 1994.

gobierno de la minoría al gobierno de la mayoría».<sup>18</sup>

### Otra forma de encarar el futuro

Pese al sinsabor de las cesiones que hicieron unos y otros, Sudáfrica estrenó Constitución en 1993 y los sudafricanos de todos los colores empezaron a participar, por primera vez juntos, en el devenir político del país: las elecciones de abril de 1994 marcaron un punto de inflexión histórico.

Para Allister Sparks, la transformación que Sudáfrica hubo de enfrentar a partir de aquel momento implicaba llevar a cabo tres revoluciones en una:

- Convertir a la sociedad del *apartheid* en una sociedad no segregada;
- Pasar de una economía aislacionista propia de un estado de sitio a participar en el nuevo mercado mundial;
- Saltar de una economía basada en la obtención de materias primas agrícolas y mineras a otra basada en la exportación de productos manufacturados.<sup>19</sup>

Probablemente, la primera de esas revoluciones era, y sigue siendo, la más espinosa.

Nuestra tierra está empapada con la sangre de sus hijos, hijos de todas la razas, de todas la ideologías. (...) Todos estamos de acuerdo en que Sudáfrica ha de ocuparse de su pasado y del consecuente legado; la cuestión estriba en cómo vamos a hacerlo. (...) Dicen que el pasado es otro país (...) Pero sólo encarándonos con el pasado podremos enfrentar el futuro.<sup>20</sup>

Y los sudafricanos decidieron encarar su pasado de una forma poco habitual. Para hacerlo se constituyó la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (TRC), presidida por el arzobispo Desmond Tutu y formada por personalidades relevantes de todos los ámbitos de la sociedad sudafricana.

El trabajo de la TRC, inscrito en el marco de la construcción de una nueva Sudáfrica, se basaba en principios poco convencionales y no demasiado considerados por los defensores de la *Realpolitik*. Eran, sin embargo, principios recogidos en la Constitución sudafricana de 1993 que, en su última cláusula, sentaba los fundamentos de la TRC:

La búsqueda de la unidad nacional, del bienestar de todos los ciudadanos sudafricanos y de la paz requiere la reconciliación entre las personas y los pueblos de Sudáfrica, y la reconstrucción de la sociedad. (...)

La adopción de esta Constitución sienta los fundamentos sólidos para que las personas y los pueblos de Sudáfrica trasciendan las divisiones y conflictos del pasado que generaron notorias violaciones de derechos humanos, la transgresión de los principios humanitarios en conflictos violentos, y un legado de odio, miedo, culpabilidad y venganza. Ahora pueden ser atendidos partiendo de la base de que existe una necesidad de entendimiento, que no de venganza; una necesidad de reparación, que no de revancha; una necesidad de *ubuntu*, que no de victimización».<sup>21</sup>

<sup>18</sup> Patti Waldmeir, «De Klerk settles below bottom line on safeguards», *Financial Times*, 5 de diciembre de 1993.

<sup>19</sup> Allister Sparks, *Beyond the Miracle. Inside the New South Africa*, Jonathan Ball Publishers, Johannesburg and Cape Town, 2003, pp. 16-20.

<sup>20</sup> Desmond Tutu, Prólogo al *Truth and Reconciliation Commission. Final Report*, (*Informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica*), vol.1 cap.1. <http://www.justice.gov.za/trc/report/index.htm>

<sup>21</sup> *Interim Constitution*, Act 200, 1993.

<http://www.constitutionalcourt.org.za/site/constitution/english-web/interim/ch15.html>

*Ubuntu* se traduce generalmente por «humanidad» y su expresión metafórica es *umuntu ngumuntu ngabantu*, que quiere decir: las personas somos personas por (medio de) otras personas.<sup>22</sup>

La reconciliación se vio pues como algo necesario para construir un futuro diferente, pero también como un medio para conseguirlo; era a la par una meta y un proceso. Atendiendo a esa idea, la TRC se concibió como un mecanismo que facilitaría la reconciliación, un mecanismo que se estableció a finales de 1995.<sup>23</sup>

Se hizo en el convencimiento de que, para construir el «puente histórico entre el pasado de una sociedad profundamente dividida por los conflictos, los sufrimientos nunca contados y la injusticia, y un futuro basado en el reconocimiento de los derechos humanos, la democracia, la coexistencia pacífica y el desarrollo de oportunidades para todos los sudafricanos sin distinción de color, raza, clase, credo o sexo» del que hablaba la Carta Magna, era necesario obtener una imagen lo más clara posible de las injusticias que se habían cometido en el pasado.

Y se afirmaba que ese proceso de revelación debía ir acompañado de un reconocimiento público y oficial del callado sufrimiento que dichas injusticias habían producido, tanto para devolver la dignidad a las víctimas como para evitar que en el futuro pudieran repetirse violaciones de derechos humanos similares.

Pero, al mismo tiempo y con el mismo fin de promover la reconciliación y la reconstrucción de la sociedad, la Constitución de 1993 contemplaba una amnistía en relación con «los actos, omisiones, y ofensas que con finalidad política se hubieran cometido en el pasado», esto es entre el 1 de marzo de 1960 y el 9 de mayo de 1995.

Hubo quienes juzgaron que la restitución de la dignidad de las víctimas, por un lado, y la amnistía de los perpetradores, por otro, eran causas reñidas. Pero los cometidos estaban en manos de comités diferentes: el Comité de Violaciones de Derechos Humanos y el Comité de Reparaciones y Rehabilitación, se dedicaban a la primera; y el Comité de Amnistías a la segunda.

Durante varios años, la TRC repasó en vistas públicas más de 14.000 incidentes y consiguió, por ejemplo, esclarecer la muerte de Steven Biko, algo que no había sido posible en varios juicios anteriores. Durante el tiempo que duraron las vistas, los medios de comunicación daban cuenta regularmente de los procesos, incluso transmitían en directo algunas de las comparencias. El país entero estaba conmocionado por los relatos, por las revelaciones y, en algunos casos, por las expresiones públicas de arrepentimiento y de perdón.

Hubo quienes, sobre todo contemplando el proceso desde el extranjero, consideraron que se trataba de una especie de terapia colectiva algo estridente pero de poco calado. En cambio, quienes lo habían concebido consideraban que contribuiría a sacar a la luz la verdadera historia del país, a hacer que se escuchase la voz de las víctimas silenciadas y las explicaciones de los perpetradores que habían guardado silencio, que todo aquel inmenso mal trago serviría para curar a la sociedad. En palabras de su presidente: «Habiéndole mirado a los ojos a la bestia del pasado, habiendo pedido perdón y habiéndolo recibido, habiendo hecho enmiendas, cerremos la puerta del pasado, no para olvidar, sino para no dejarle que

---

<sup>22</sup> *Truth and Reconciliation Commission. Final Report*, vol. 1, cap. 5, pág. 127, párr. 85.

<http://www.justice.gov.za/trc/report/index.htm>

<sup>23</sup> *Promotion of National Unity and Reconciliation Act, Number 34 of 1995.*

nos aprisione».<sup>24</sup>

Por eso, las vistas fueron públicas y, una vez concluidos los trabajos, la TRC entregó a los Archivos Nacionales las transcripciones de las audiencias, la declaraciones individuales y el material audiovisual.

También se creó una página web en la que, desde la constitución de la TRC, se dio cuenta de todo lo relacionado con el proceso; hoy está alojada en la del ministerio de Justicia y contiene el voluminoso *Informe Final*, emitido en octubre de 1998 tras dos años de trabajo, así como las transcripciones de las vistas y de los fallos dictados relativos a las amnistías solicitadas. Estos últimos prolongaron el trabajo de la TRC hasta 2001 e hicieron necesaria la publicación de un documento complementario.

En total se presentaron 7.112 solicitudes de amnistía, de las que 5.392 fueron denegadas.<sup>25</sup> Para que fuese concedida, era necesario que el solicitante revelase toda la verdad del acto por el que la solicitaba y que el hecho tuviera motivaciones políticas. Cada ofensa requería una solicitud que debía presentarse a título individual. El solicitante debía declarar en audiencias públicas la naturaleza de su ofensa u ofensas, lo cual implicaba el reconocimiento de su incumbencia, de su responsabilidad y de su culpabilidad. En todo caso, si la amnistía no se concedía, quedaba abierto el camino a un posible enjuiciamiento.

### Con el paso del tiempo

Casi diez años después de que se diera por concluido el proceso y según el último *Barómetro de reconciliación*, el 84% de los entrevistados afirma que el *apartheid* fue un crimen de lesa humanidad. Sin embargo, sólo el 35% estima que el gobierno «ha hecho lo suficiente» para encausar a quienes cometieron crímenes durante el *apartheid*. Además, entre 2006 y 2009 se registra un descenso en el porcentaje de quienes quieren «olvidar el pasado» y seguir adelante con su vida (11%) y quienes «intentan perdonar» a quienes les hicieron daño durante el *apartheid*.<sup>26</sup>

Al mismo tiempo, se observa que son menos quienes están de acuerdo con la afirmación “la gente que discriminó a otros durante el *apartheid*” debería “sentir lo que se siente cuando te discriminan”: en 2003 sumaban el 49% de los entrevistados mientras que en 2009, eran el 36%. «Estos resultados —se señala en el estudio— parecen estar en consonancia con los objetivos de la TRC de promover “el entendimiento, que no la venganza”, “la reparación, que no la revancha” y “ubuntu, que no victimización».<sup>27</sup>

Sin embargo, la percepción de que «las relaciones entre las diversas razas» han mejorado la tiene en 2009 un 49% de los entrevistados, frente al 61% que opinaba eso en 2003. Del mismo modo, la confianza en «un futuro feliz para todas las razas», que en 2005 alcanzaba el 86%, es en 2009 del 62%.

---

<sup>24</sup> *Truth and Reconciliation Commission. Final Report*, vol. 1, cap. 1, pág. 22, párr. 91. <http://www.justice.gov.za/trc/report/index.htm>

<sup>25</sup> *Amnesty Hearings*, <http://www.justice.gov.za/trc/amntrans/index.html>

<sup>26</sup> *SA Reconciliation Barometer 2009. 9th Round Media Briefing*, Institute for Justice and Reconciliation, 9 de diciembre de 2009, págs. 18-19.

<sup>27</sup> *Ib.* pág. 19.

Ahora bien, el mismo estudio revela asimismo que el 28% de los entrevistados dice no hablar nunca con nadie de otras razas durante un día laborable típico y el 46% confiesa no tener trato con personas de otras razas durante fiestas o recepciones celebradas en su propia casa o en los hogares de sus amigos.<sup>28</sup>

Los sudafricanos, cuya confianza en las instituciones y en los dirigentes políticos es cada vez menor, consideran que las mayores divisiones las están gestando ahora los partidos políticos.

Así, el 58% suscribe que “a quienes gobiernan no les importa realmente lo que le pasa a la gente como yo” y solo el 50% piensa que “puede confiar en los dirigentes políticos para que hagan lo correcto”, en 2004, el porcentaje era del 68%.

En 2007, el 75% de los entrevistados consideraba que las mayores divisiones eran las de clase, de raza o consecuencia de enfermedades como el HIV/SIDA. En 2009, en cambio, esas divisiones se veían en la adscripción a los partidos políticos: el 24% de los entrevistados (frente al 12% en 2007) así lo creían.

Los analistas difieren hoy en sus juicios sobre el futuro de Sudáfrica. John Kane-Berman del South African Institute of Race Relations, por ejemplo, piensa, según relata *The Economist*, que Sudáfrica pasará a engrosar la lista de los estados fallidos de África. En cambio, Bill Johnson afirma: «En este país hay dinamismo, hay resiliencia. Ha pasado por muchas cosas horribles. Puede volver a superarlo».<sup>29</sup>

Artículo original publicado en Fundación Seminario de Investigación para la Paz (ed.), *África Subsahariana, continente ignorado*, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 2011

---

<sup>28</sup> Ib. pág. 21.

<sup>29</sup> «The price of freedom. A special report on South Africa», *The Economist*, 5 de junio de 2010, pág.16.